

La biología humana como ideología: el racismo biológico y las estructuras simbólicas de dominación racial a fines del siglo XIX

(*Human biology as ideology: Biological racism and symbolic structures for racial domination in the last part of the XIXth. century*)

Juan Manuel SÁNCHEZ ARTEAGA

Recibido: 25.05.2007

Versión final: 14.06.2007

BIBLID [0495-4548 (2008) 23: 61; pp. 107-124]

RESUMEN: A través de un repaso a las teorías científicas más ortodoxas (a fines del siglo XIX) acerca de la diversidad biológica en nuestra especie —tal y como aparecen en la obra de autores como Darwin, Broca, Huxley, Haeckel, Vogt, etc.— el presente artículo propone la existencia de una conexión ideológica entre las teorías evolutivas sobre las así llamadas “razas humanas” (especialmente los modelos darwinistas sobre evolución humana), y las jerarquías raciales que, a su vez, establecía la lógica económica del imperialismo occidental.

Descriptores: racismo científico, evolución humana, darwinismo, antropología física, Siglo XIX.

ABSTRACT: *Taking into account the scientific theories about biological diversity in our species, specially those that constituted the orthodoxy in the last part of the XIXth century (i.e. those of authors such as Darwin, Broca, Huxley, Haeckel, Vogt, etc.), this paper analyzes the ideological connections that could be established between evolutionary and biological theories about “human races” (specially the Darwinist models about human evolution) and, on the other hand, the racial hierarchies imposed by the economic logic of victorian imperialism.*

Keywords: *scientific racism, human evolution, Darwinism, physical anthropology, XIXth century.*

“La principal conclusión a la que se llega en este trabajo, es decir, que el hombre descende de alguna *forma orgánica inferior*, resultará, lamento pensarlo, bastante desagradable para muchas personas. Sin embargo, apenas puede haber una duda de que descendemos de *salvajes* [...]. Aquel que haya visto a un *salvaje* en su tierra nativa no sentirá demasiada vergüenza si tiene que reconocer que en sus venas corre sangre de alguna *criatura más humilde*. Por lo que a mí respecta, aceptaría de mejor gana descender de aquel heroico monito que encaraba a su terrible enemigo para salvar la vida de su cuidador; o de aquel otro viejo babuino que, bajando desde las montañas, liberó triunfantemente a su joven camarada de una jauría de perros, dejándoles estupefactos —antes que de un *salvaje* que se deleita en torturar a sus enemigos, ofrece sacrificios sangrientos, practica el infanticidio sin remordimiento, trata a sus mujeres como esclavas, no conoce la decencia, y se obsesiona con las más groseras supersticiones”.

Ch. Darwin, *The descent of man, and selection in relation to sex*, pp. 404-405.

1. Introducción. ¿La biología del pueblo elegido?

Segunda mitad del siglo XIX: los grandes biólogos del momento proclaman la evolución de las especies, situando a un simio cuadrúpedo en el lugar que antaño había estado ocupado por Adán. Racionalismo triunfante. Euforia materialista. Entre los principales artífices del radical *giro biológico* que comenzaba a tomar el imaginario europeo sobre *los orígenes*, no faltaban quienes, como el gran Haeckel, opinaban que, muy pronto —gracias al evolucionismo darwiniano—, el ser humano no encontraría ya misterios que desvelar en la naturaleza:



Evolución, palabra mágica; por ella llegamos a la solución de todos los enigmas que nos rodean, o al menos nos aproximamos a esta solución. (Haeckel 1866, cit. en Büchner 1872, p. 36)

El propio Haeckel acuñó los conceptos históricos de *error geocéntrico* y *error antropocéntrico* para realzar la proeza intelectual de los científicos decimonónicos —entre los que él mismo, sin duda, se contaba—, y situar la teoría de la evolución por selección natural como un triunfo inquebrantable de la *racionalidad científica*:

Sólo otra conquista intelectual puede rivalizar con ella, la que hace cuatro siglos realizó Copérnico, al acabar con el sistema de Ptolomeo [...]. Copérnico aniquiló la antigua *concepción geocéntrica*, creando un nuevo sistema del mundo al que Newton, con su teoría de la gravitación, confiere una base matemática. De igual forma, al comienzo de nuestro siglo, Jean Lamarck arruina, con su teoría de la descendencia, la *concepción antropocéntrica* del mundo entonces dominante, según la cual el hombre era el centro y el fin de la creación; quedaba reservado para Darwin el dotar, cincuenta años más tarde, a esta teoría de una base fisiológica. (Haeckel 1877, p. 625)

Existía unanimidad científica en que el reciente descubrimiento de la filiación genealógica de las especies, con su principal corolario, el origen animal de la humanidad, constituía una de esas revelaciones que marcan de un modo decisivo el destino de “la humanidad”. En consonancia con Haeckel, también Ludwig Büchner opinaba que la idea científica de la evolución era “sin exageración, entre todos los progresos del espíritu humano, el que se sitúa en el primer rango, y que el descubrimiento del origen natural del hombre, la demostración de su plaza real dentro del universo, alcanza el mismo nivel, si no es que un nivel superior, al de los más grandes descubrimientos de todos los tiempos” (Büchner 1872, pp. 11-12). Y no menos halagüeños y autocomplacientes resultaban los términos con los que, al respecto del descubrimiento de la evolución humana, se expresaba el eminente antropólogo Hermann Schaafhausen, pionero a la hora de conceder un extraordinario valor evolutivo al cráneo de Neanderthal¹:

Conocer el verdadero origen del hombre constituye, para todos los conceptos humanos, un descubrimiento tan fértil en consecuencias, que llegará un día en que se le considerará el resultado más alto que el hombre podía alcanzar (cit. en Büchner 1872, p. 11).

Los biólogos decimonónicos, con su descubrimiento de la evolución homínida, parecían convencidos de haber alcanzado un hito sin par en la historia universal del desenvolvimiento de la luz, de la razón, de la lucha científica contra las tinieblas de la ignorancia, de la victoria final del *logos* sobre el *mythos*. Sin embargo —a pesar de la autocompla-

¹ Auténtico pionero de los estudios sobre la prehistoria homínida, varios años antes de la publicación de *El origen de las especies*, Schaafhausen ya había dado a la imprenta tres tratados en los que exponía las ideas fundamentales de la evolución orgánica y en los que se expresaba con claridad, como consecuencia natural de la teoría, la doctrina del origen animal del ser humano. Cf Büchner 1872, p. 197. Los trabajos fueron impresos, sucesivamente, en los años 1853 —*Memoire sur la fixité et la mutabilité des espèces*—, 1854 —*Sur la coloration de la peau du nègre et l'analogie entre les formes humaines et les formes animales*—, y, por último, en 1858 —*Sur la Connexité des phénomènes naturels et des phénomènes vitaux*: (los títulos de las memorias originales corresponden a la traducción al francés, por Letorneau, del trabajo de Büchner). Schaafhausen fue el primer autor, tras Lamarck, que plantea de una forma explícita, en términos estrictamente científicos, la que pronto sería popularizada en los círculos evolucionistas como *teoría pitecoide* del origen del ser humano. Además, en 1857, el profesor alemán había publicado, una memoria en la que se describía, por primera vez, el *hombre de Neandertal* —recientemente descubierto, y en cuya presentación al mundo científico Schaafhausen había tenido un papel protagonista— como un ser de naturaleza más o menos bestial, “caracterizado por un pequeño desarrollo cerebral y un cuerpo cuya fuerza se sale de lo común?”. (Mc Cown y Kennedy 1972, p. 120).

cencia desmesurada de los nuevos evolucionistas finiseculares en la *objetividad científica* de sus teorías evolutivas sobre nuestra especie—, lo cierto es que, esa supuesta objetividad de la biología humana decimonónica, bajo numerosos aspectos, presentaba un carácter ciertamente problemático.

Desde nuestro actual *horizonte histórico de comprensión de las ciencias naturales*, resulta claro que, para llegar a implantarse finalmente como la nueva *narración ortodoxa* sobre el origen humano en las sociedades burguesas de fines del siglo XIX, el discurso evolucionista de las ciencias naturales tuvo que cargarse con un enorme componente *meta-empírico* (es decir, emocional, ideológico...), en sintonía con determinados valores de las sociedades coloniales de la burguesía decimonónica. Este carácter ideológico de la biología humana finisecular se hace especialmente patente cuando analizamos sus conceptos raciales, centrados en torno a la idea evolucionista del *progreso diferencial de las razas humanas*. Haller, que ha estudiado específicamente el caso de la antropología física norteamericana, lo ha expresado de la siguiente forma:

La ciencia llegó a convertirse en un instrumento que “*verificó*” la presunta inferioridad del negro y “*racionalizó*” las políticas de segregación y la privación de los derechos civiles, en una terminología científico-social que satisfacía a la atribulada conciencia de la clase media[...]. La inferioridad estaba en las mismas bases de su esquema evolucionista, y allí permaneció, elevado al pináculo de la “*verdad*” bajo el mito de la “*vergenza científica*”. (Haller 1995, prefacio, p. XIV)

En este capítulo repasaremos un conjunto significativo de las ideas raciales más ortodoxas para los biólogos decimonónicos —acerca del origen biológico de las distintas razas, las causas evolutivas de la diversidad interracial, las relaciones interraciales de parentesco evolutivo, etc.—, tal y como aparecen en algunas de las máximas autoridades científicas en la biología humana de fin de siglo. En concreto estudiaremos los casos de Carl Vogt, Paul Broca, Thomas Huxley, Ernst Haeckel y, por último, Charles Darwin. Intentaremos mostrar que sus eurocéntricas teorías biológicas sobre la *etnogenia* —gracias a su difusión espectacular en el imaginario colectivo del final de siglo—, pudieron contribuir de forma importante a la idealización social de la superioridad biológica de la *raza caucásica* y a la mistificación de los regímenes colonialistas como una gran obra civilizada de las *razas superiores*, avocadas a un destino natural de progreso y de dominación en el combate mundial por la supervivencia.

2. Las huellas biológicas del progreso diferencial de las razas humanas

Los principales antropólogos físicos del periodo finisecular se mostraron esencialmente unánimes al señalar que el *progreso evolutivo* —tanto en un sentido orgánico como a nivel *intelectual*— era un principio inherente a la naturaleza humana. Sin embargo, existía también unanimidad en el reconocimiento de que *este progreso había seguido una pauta diferencial en las distintas variedades humanas*. Los principios lamarckianos de la herencia de caracteres adquiridos, aceptados de forma mayoritaria entre los biólogos decimonónicos, podían ser usados para explicar el estancamiento o incluso la degeneración relativa de ciertas variedades orgánicas, poco favorecidas por las influencias del medio. En este sentido, numerosas observaciones hechas por Darwin, Virchow, Broca y por tantas otras “*eminentes*”

cias”, sobre la herencia de caracteres adquiridos², dejaban abierta la posibilidad de que ciertas razas o especies, sometidas a condiciones ambientales especialmente desfavorables —como algunas de las tribus “salvajes” que aún persistían en el siglo XIX—, se hubieran visto abocadas a procesos de estancamiento e incluso de degeneración relativa.

En este sentido señalaba Darwin, en su obra sobre *La variación de los animales y las plantas por efecto de la domesticación*, “que los cerebros de los conejos domésticos tienen un tamaño muy reducido en comparación con los de los conejos salvajes o los de las liebres” (Darwin, 1868, 1, p. 124); y que este hecho podía ser atribuido “al haber sido los primeros confinados en cautividad durante muchas generaciones, de forma que no pudieron ejercer, salvo de un modo muy rudimentario, las funciones de su intelecto, sus instintos, su sensibilidad, y sus movimientos voluntarios” (Darwin 1871, p. 146). La importancia que este tipo de “evidencias” zoológicas tenían para explicar la evolución diferencial de las distintas variedades humanas, queda manifiesta en el hecho de que Darwin repitiera el citado comentario sobre la degeneración de los conejos en *El origen del hombre*.

A pesar de la creencia unánime en la línea progresiva general que había seguido el desarrollo evolutivo de las especies, este tipo de “evidencias” lamarckianas de *degeneración biológica* no podían ser obviadas por la mentalidad racista del imperialismo victoriano, de la que Darwin, como la mayoría de los principales antropólogos del periodo, estaba imbuido consciente o inconscientemente³. Para estos científicos, las causas últimas de los distintos ritmos en la carrera evolutiva de las razas humanas (carrera que había conducido a la supremacía del *blanco*) podrían encontrarse, quizás, en la influencia del medio. Así, Darwin recordaba que “se ha apuntado en numerosas ocasiones que un clima templado ha favorecido siempre el desarrollo de la industria y de las varias artes humanas, si no es que resulta indispensable para este fin” (Darwin 1871, p. 167). El asunto era, sin embargo, un fenómeno sumamente complejo, y el mismo Darwin reconocía que “el problema del primer paso dado por los salvajes hacia la civilización, es en la actualidad demasiado difícil para ser resuelto” (*ibíd.*). En cualquier caso, a pesar de la *enorme* importancia que Darwin otorgaba a la influencia del medio y a la herencia de los caracteres adquiridos en la evolución de nuestra especie⁴, tan sólo la selección natural, basada en la libre competición por los medios de subsistencia, podía explicar para el sabio inglés la enorme superioridad evolutiva del *hombre civilizado* sobre los nativos, últimos representantes humanos del estado primigenio de barbarie:

Si no hubiera estado sujeto a la selección natural, con toda seguridad el hombre nunca hubiera alcanzado el rango de la humanidad. Cuando vemos en muchas regiones del mundo, enormes extensiones de la tierra más fértil pobladas por unos pocos salvajes

² Sobre este asunto, cf. Bowler 1986, Bowler 1988.

³ El hecho de que Darwin fuera contrario a la institución política de la esclavitud no resta, como veremos, un ápice de valor a nuestra afirmación. Como veremos, el discurso racial de numerosos científicos antiesclavistas de la misma época (como Huxley, el monogenista Armand de Quatrefages, etc.), no estaba ligado necesariamente al igualitarismo racial del *blanco* con el *salvaje* o el *negro*. La idea antropológica de que todas las variedades humanas formaban parte de una única especie surgió en el marco de un debate donde la *evolución diferencial de las razas*, encabezada por el *caucásico*, no se ponía en entredicho.

⁴ En este punto, el contraste entre los planteamientos de Darwin y los de la moderna sociobiología ha sido recalado insistentemente por Patrick Tort. Cf. Tort 2000.

errabundos, aún así capaces de mantener numerosos y felices hogares, puede argumentarse que *la lucha por la existencia no ha sido suficientemente severa para forzar al hombre a ascender hasta su más elevado estándar*” (Darwin 1871, p. 180).

Junto a las del propio Darwin, las evidencias científicas tendentes a justificar la superioridad evolutiva del “hombre blanco” no pararon de multiplicarse durante toda la segunda mitad del siglo. Una de estas pretendidas evidencias se obtuvo a partir del estudio comparado de los cráneos de las distintas variedades humanas, actuales o fósiles. Obedeciendo a una larga tradición antropométrica —iniciada con la *fisiognómica* y la *frenología* dieciochescas, y heredada después por la *craneometría* de comienzos del siglo XIX—, los antropólogos físicos del periodo victoriano estaban convencidos de que *las huellas fisiológicas de la actividad intelectual*, desarrollada a ritmos distintos en las distintas variedades homínidas, podían encontrarse en el estudio de los esqueletos y, sobre todo, en el de los cráneos. En 1863, Carl Vogt, en sus famosísimas *Lecciones sobre el hombre*, explicaba que existía una tendencia natural al crecimiento progresivo del cerebro en la evolución de nuestra especie: “hemos demostrado que los cráneos de las cavernas y de la edad de piedra son particularmente notables por el escaso desarrollo de su región frontal” (Vogt 1878, p. 573). Admitiendo que la actividad cerebral dejaba sus huellas anatómicas en las calaveras, así como que tal actividad era un carácter biológico heredable según los principios lamareckianos del uso y el desuso, el análisis comparado de la anatomía craneal en las distintas razas proporcionaba, según Vogt, una explicación rigurosa del desarrollo diferencial de sus cerebros y de sus aptitudes intelectuales:

numerosas razas [...] son susceptibles de ciertas modificaciones, *como consecuencia del progreso y de la civilización*. Sobre todo, es necesario analizar la altura del cráneo y el desarrollo de la frente, puesto que el crecimiento de estas regiones entraña el incremento de la cavidad craneal y, en consecuencia, el de la masa cerebral [...]. En las *razas susceptibles de civilización*, las suturas anteriores del cráneo permanecen abiertas durante más tiempo, y desaparecen más tarde que las suturas posteriores, mientras que en las *razas poco civilizables*, las suturas se sueldan en un orden inverso”. (Vogt 1878, pp. 573-574)

De esta forma, las variaciones interraciales en el ritmo del progreso evolutivo no sólo podían rastrearse a través del estudio *cultural* de las civilizaciones en distinto grado de desarrollo⁵. También el análisis racial comparado en términos *anatomofisiológicos* daba pruebas de una jerarquía natural entre las variedades del grupo humano. Las máximas autoridades del momento, como el propio Darwin, eran unánimes en el reconocimiento de que “la diversidad de las facultades mentales entre los hombres de una misma raza, por no hablar de las diferencias *aún mayores* que se encuentran *entre las distintas razas*, es tan grande que no se necesita decir ni una palabra al respecto” (Darwin 1871, pp. 109-110). Incluso los científicos que se oponían al esclavismo o defendían la unidad biológica de la especie humana frente a los poligenistas, daban por sentada una cierta inferioridad evolutiva de las razas no caucásicas. Para el mismo Armand de Quatrefages —antropólogo físico de profundas convicciones religiosas, contrario al tráfico de esclavos y máximo adversario de la corriente “negrofóbica” del poligenismo americano (que consideraba que los negros y otras poblaciones humanas eran *especies humanas* distintas al caucásico) (cf. De Quatrefages 1861)—, no era cuestión de llevar el igualitarismo hasta extremos

⁵ Los conceptos raciales de la etnología evolucionista victoriana han sido analizados magistralmente por G.W. Stocking (1982).

poco *realistas*. De acuerdo el gran antropólogo italiano Paolo Mantegazza, las teorías de Quatrefages favorables a la “hibridación” racial estaban basadas en la creencia *a priori* en que “el elemento de las razas blancas está destinado a sobreponerse a los demás y a vencer” (Mantegazza 1876, p. 368). Por su parte, el propio Quatrefages había insistido en que las razas humanas presentaban una inmensa diversidad ya desde los tiempos cuaternarios, y en que lo mismo podía afirmarse en relación a la diversidad física e intelectual de las razas actuales. De esta forma, el sabio monogenista francés criticó algunos “excesos” de ciertos antropólogos que, más allá de todo rigor científico, se comportaban como “*negrófilos* de profesión” (Blanckaert 1995, p. 407). Toda persona culta estaba obligada a aceptar las incontrovertibles consecuencias zoológicas que dimanaban de la moderna antropología científica. A pesar de que, para Quatrefages, todas las razas humanas eran parte de una sola especie, las enormes diferencias entre las aptitudes raciales respectivas no debían camuflarse hipócritamente:

Del hecho de que todas las razas caninas pertenecen a la misma especie, ¿debe concluirse que todas ellas tienen las mismas aptitudes? [...] No debe olvidarse que —aunque superior a los animales y diferente a ellos en muchos aspectos— el hombre está sujeto a todas las leyes generales de la naturaleza animal. (De Quatrefages 1875, cit. en Haller 1995, p. 73)

Lo cierto es que, a pesar de su insistencia en un único origen para todas las “razas”, en que “escondida bajo tierra”, se hallaba “la raíz única de todos los troncos y ramos del árbol humano” (Mantegazza 1876, p. 369), los monogenistas como Quatrefages no propugnaban un verdadero igualitarismo interracial. De hecho, como ha señalado Haller, podría argüirse que “lejos de negar la desigualdad, la teoría del monogenismo surgió a partir de una *creencia a priori* en la degradación [de las “razas inferiores”] a partir de un prototipo originario” (Haller 1995, p. 75).

En definitiva, existió una unanimidad casi completa entre los biólogos y antropólogos de todos los talantes en situar a las *razas salvajes* en un cuadro de inferioridad orgánica más o menos nítido. Ninguna tentativa de elevarles —al menos a nivel educativo o intelectual— podía ir más allá de las escasas posibilidades de perfectibilidad que les había proporcionado la misma naturaleza, a lo largo de la evolución. En el cuadro competitivo de la sociedad decimonónica, el papel reservado por la ciencia para estas variedades humanas *inferiores* —ya se hablara de ellas como razas, ya como especies— les situaba irrevocablemente a merced de la caridad, la benevolencia y la filantropía de la superior raza caucásica; o bien les condenaba a una extinción inevitable. Sencillamente, y de nuevo en palabras de Haller, “el tema de la inferioridad de las razas estaba más allá del alcance de la crítica en la última parte del siglo XIX” (Haller 1995, p. 132).

3. *Las lecciones sobre el hombre de Carl Vogt*

Quizás, en la segunda mitad del siglo XIX, el caso más paradigmático de entre las grandes monografías “*canónicas*” sobre evolución humana —tanto por ser una de las primeras en la que se “demostraba” la inferioridad evolutiva del negro en términos exclusivamente biológicos, como por lo detallado de su argumentación para probar la existencia de una multiplicidad de especies humanas— sea la de Carl Vogt. Publicada en el año de 1863, con el título de “*Lecciones sobre el hombre; su lugar en la creación y en la historia de la tierra*”, la obra dedicaba todo un capítulo, la séptima de sus “lecciones”, a la “comparación entre el negro y el alemán”.

Previamente al contraste entre *negros y alemanes*, Vogt había dedicado un capítulo al “examen de la conformación humana comparada a la de los simios”. Inmediatamente después, Vogt se entregaba a la comparación biológica entre el cuerpo del *negro* y el del alemán. En ella se estudiaban y se comparaban, con una meticulosidad extrema, las diferentes proporciones del cuerpo en ambos grupos humanos, su cráneo, sus caderas, sus extremidades, la columna vertebral, las partes internas, el cerebro, las desviaciones del tipo normal, las variaciones de la coloración de la piel, el desarrollo a lo largo de la infancia y de la pubertad, las capacidades intelectuales relativas y la “sensibilidad” fisiológica diferencial de ambos grupos raciales, así como las analogías del negro con los animales y con otras “formas intermediarias entre el hombre y los simios”, tales como los enfermos de microcefalia⁶. Por fin, la última lección consistía en una comparación de las semejanzas y las diferencias entre dos especies próximas de monos pertenecientes al género *Cebus* (*Cebus albifrons* vs *Cebus apella*).

La conclusión del análisis comparativo de Vogt no podía ser más contundente: desde el punto de vista de una taxonomía rigurosa, según el prestigioso antropólogo, no cabía otra posibilidad que admitir que *entre el negro y el alemán había mayores diferencias que entre las dos especies de monos contrastadas*. En consecuencia, las razas africana y teutónica debían considerarse como *especies de primates diferentes*, y no como miembros de la misma especie humana:

Quien quiera que emprenda este trabajo con seriedad y con un espíritu desprovisto de prejuicios, encontrará siempre, como nosotros hemos encontrado, que la suma de las diferencias entre dos especies bien caracterizadas de simios no es, en ningún caso, más grande, y es a menudo, más pequeña, que la de las diferencias que se pueden constatar entre dos razas humanas. Estas comparaciones conducen forzosamente a la conclusión ya indicada, es decir, que es necesario considerar a las razas humanas como especies distintas, o bien que lo que llamamos especies de monos no son sino simples variedades (Vogt 1878, p. 282).

4. Los conceptos raciales de Paul Broca

En 1858, Pierre Rayer, presidente de la Sociedad de Biología francesa, censuró, durante una de las sesiones ordinarias de dicha sociedad, una exposición científica en la que Paul Broca anunciaba el descubrimiento fantástico de una nueva especie que hoy sabemos que no existía en realidad: el *lepórido*, o *Lepus darwini* (bautizado así en honor de Darwin), que habría evolucionado como una forma zoológica por completo novedosa, a partir de la hibridación artificial entre conejos y liebres. El enorme interés mostrado por Broca ante estos supuestos híbridos consistía en que, llevada sobre el plano antropológico, la

⁶ Vogt defendía que la enfermedad conocida como microcefalia se producía por un detenimiento del desarrollo ontogenético en un estadio embriológico-evolutivo simiesco, cf. Vogt 1868. Las teorías de Vogt tuvieron una enorme repercusión a nivel internacional. En España, el médico Rafael Ariza, cofundador de la Sociedad Antropológica Española, afirmaba en 1874, acerca de la teoría del atavismo: “El caso que más aboga a favor de esta teoría es el de los idiotas microcéfalos, cuyo cerebro, desarrollado incompletamente, se asemeja en todo al de los monos antropomorfos, con los cuáles comparten dichos individuos el *habitus* y los movimientos. Los que participan de este defecto tienen salientes las cejas, frente oblicua y deprimida, y unas mandíbulas tan exageradamente prognatas, que involuntariamente hacen recordar los jóvenes gorilas; no pueden articular ninguna palabra, son incapaces de una atención prolongada y muy dados a la imitación; extraordinariamente activos, saltan, brincan, suben las escaleras de cuatro en cuatro peldaños, y se encaraman y gatean a los árboles”, cf. Ariza 1874.

hibridación entre el conejo y la liebre proporcionaba la prueba fáctica —esperada con ansia por todos los poligenistas y esclavistas del momento— para demostrar la posibilidad biológica de que *la raza negra fuese reconocida como una especie distinta del “hombre blanco” a pesar de que ambos tipos pudieran hibridarse*. De hecho, la nueva Sociedad Antropológica de Francia —que fue fundada por Broca inmediatamente después de su veto en la sociedad de biología, y que enseguida se convertiría en la sociedad antropológica más influyente del siglo— se mantuvo bajo sospecha durante mucho tiempo, a causa del decidido tono *subversivo* de sus discusiones científicas:

Los obstáculos contra su éxito pueden ser apreciados cuando se sabe que la Prefectura de la Policía sólo permitía las sesiones de la sociedad mientras que no se tocaran cuestiones de carácter “teológico, político, o social”, y, durante más de cinco años, estuvo enviando a un policía de paisano a las reuniones, para garantizar que la organización no era realmente subversiva (*hay constancia de que el policía se aburría hasta la distracción*). (Brace y Montagu 1977, p. 382)

En 1860, las teorías de Broca al respecto de la hibridación entre especies fueron publicadas con el sugestivo título de “Investigaciones sobre la hibridación animal en general y sobre la hibridación humana en particular, consideradas por su relación con la cuestión de la pluralidad de las especies humanas”. Los estudios de Broca sobre *hibridación* entre *especies humanas* marcarían de forma definitiva el curso de la antropología física europea durante varias décadas (Broca 1877). Las teorías del sabio francés son, como ha señalado con precisión George W. Stocking, un verdadero canto científico a los horrores del *mestizaje*. De acuerdo con Broca:

las razas humanas diferenciadas físicamente, aún en el caso de que pudieran generar una progenie híbrida, darían lugar a una descendencia estéril en mayor o menor grado. La unión del germánico con el tasmano o el australiano casi nunca era productiva. Entre el negro y el caucásico existía una “hibridación unilateral”: la unión de un hombre negro con una mujer blanca resultaba frecuentemente estéril, pero la de una mujer negra con un blanco resultaba tan productiva como una unión dentro de cada una de las dos razas. Los niños mulatos [...] no eran completamente fértiles entre sí. De esta forma [...], el grupo mulato, débil físicamente y de vida corta, desaparecería o “revertiría” hacia los tipos dominantes. No sólo sucedía que los híbridos de las razas más dispares eran parcialmente estériles, sino que también eran inferiores desde el punto de vista físico, moral y mental, a cualquiera de las razas parentales. (Stocking 1982, p. 48)

En fin, Broca imprimió un espíritu decididamente *racista* en la nueva sociedad antropológica por él fundada⁷. Toda su obra muestra una aceptación general del esquema teórico que comprendía a la humanidad como un género zoológico dividido en varias especies diferentes. Para Broca, era “evidente”, que los “tipos humanos” etíope y caucásico no pudieron haber surgido de una misma especie homínida ancestral o, en sus propios términos, “*du même moule*” (cit. en Blanckaert 1995, p. 408). La corriente *monogenista* de la antropología biológica, surgida a la estela del alienista británico James C. Prichard —y encabezada en Francia por Armand de Quatrefages—, no representaba para Broca más que una visión anticuada y retrógrada, asociada a una tradición intelectual pasada de moda. Como corriente de pensamiento, el monogenismo se correspondía más con la obsoleta “era metafísica” de la humanidad, que con la época del progreso positivo basado en el conocimiento científico. Según Broca, el monogenismo estaba forzado a probar la *degeneración* del negro a partir de un origen común al blanco, para lo cuál había tenido que recurrir, en ocasiones, in-

⁷ A pesar ello, el sabio francés —de creencias políticas avanzadas— se abstendrá siempre de suscribir las pretensiones de los esclavistas americanos.

cluso a argumentos religiosos (la condena divina sobre el segundo de los hijos de Noé). En cambio, la teoría poligenista se limitaba a señalar, en términos estrictamente biológicos, su *retroceso relativo* en la línea evolutiva humana, dentro de un marco de *progreso a ritmos distintos* en la historia zoológica de cada “especie” humana. En este sentido, según Broca, el poligenismo asignaba a “las razas inferiores” un papel más *honroso* que su teoría rival monogenista. En la naturaleza de los negros y otros “salvajes” no se había producido ningún proceso de *degradación*, sino tan sólo una *evolución ralentizada*.

Puede decirse que la doctrina poligenista asigna a las razas inferiores de la humanidad un lugar más honorable al que les otorga la doctrina opuesta. Ser inferior a otro hombre, sea en inteligencia, sea en vigor, sea en belleza, no es una condición humillante. Por el contrario, uno podría lamentar el haber sufrido una degradación física o moral, el haber descendido en la escala de los seres, y el haber perdido el rango que le era propio en la creación. (Broca 1877, p. 567)

5. *Algunas ideas raciales del antiesclavista T.H. Huxley*

En 1865, el gran biólogo T.H. Huxley, partidario de la unidad de la especie humana y contrario a la trata de esclavos, llevaría las evidencias científicas sobre la inferioridad evolutiva de la raza negra al terreno del debate social sobre la abolición de la esclavitud. Con una extraña mezcla de filantropía erudita y científica, Huxley argumentaba a favor de la abolición en su ensayo “Emancipation. Black and White” (Huxley 1865), escrito durante la guerra civil americana. *Pero a pesar de su ideología decididamente pro-abolicionista, Huxley reconocía la inferioridad biológica del negro como un hecho irrefutable en términos de la evolución humana.*

Puede ser bastante cierto que algunos negros sean mejores que ciertos hombres blancos; pero ninguna persona *racional*, que conozca los hechos, piensa que, en la media, el negro sea igual, y mucho menos superior, que el hombre blanco. Y si eso es la verdad, resulta simplemente increíble que, cuando se eliminen todas sus desventajas [sociales], y nuestro prognato familiar se vea en libertad y sin favores ni opresores, el negro vaya a ser capaz de competir con éxito con su rival de mayor cerebro y menor mandíbula, en una competición que tendrá que llevarse a cabo con el pensamiento, y no a bocados. (Huxley 1865, p. 66)

El ideal estadístico del *hombre medio*, soñado por Quetelet, tenía que establecerse de acuerdo con distintos estándares raciales, que podían ordenarse, según Huxley en una *serie evolutiva jerárquica*. La fuerza mayor del africano estaba en la mandíbula, y no en el cerebro, como ocurría en el blanco: la lucha interracial por la existencia no era una competencia entre iguales. Pero la indudable jerarquía natural entre las razas no significaba para Huxley que las variedades inferiores tuvieran que soportar el yugo artificial del esclavismo, más allá del propio estigma con que les había marcado, desgraciadamente, la naturaleza:

Las más altas cumbres en la jerarquía de la civilización no estarán, seguramente, al alcance de nuestros oscuros primos, aunque esto no quiera decir, de ninguna manera, que se los tenga que reducir por fuerza a los más bajos. (Huxley 1865, p. 66)

En cualquier caso, los pueblos africanos recuperarían su posición natural en el escalafón de la familia humana cuando las razas blancas decidieran librarlos del confinamiento humillante en las plantaciones, de su exhibición vergonzante en los mercados de esclavos. Dar libre cauce a las leyes naturales de la gravitación social contribuiría a liberar a los negros de un castigo ominoso artificial que, sin duda, no merecían. Al mismo tiempo, la abolición liberaría al propio *caucásico* de una pesada carga en su conciencia. A partir de la emancipación del esclavo africano, ya nada obligaría al *hombre blanco* a sentirse res-

ponsable por la situación de inferioridad de sus “oscuros primos” que, de hecho, se hallaba sancionada por las mismas leyes naturales:

Fuere cual fuere la posición de equilibrio estable que las leyes de la gravitación social reserven al negro, *toda la responsabilidad en el resultado final recaerá en él y en la naturaleza. El hombre blanco puede lavarse las manos*, y la conciencia Caucásica puede librarse de reproches para siempre. Es esta, si nos fijamos en el fondo de la cuestión, la verdadera justificación de la política abolicionista. (Huxley 1865, p. 67)

Disfrazadas de humanitarismo y arropadas por el manto púrpura de la certeza científica, las consideraciones racistas de Huxley resultarían prácticamente incontrovertibles para cualquier “*persona cultivada*” que se hubiera preocupado de estudiar los “hechos demostrados” por la ciencia. Pero en el coro de la biología humana finisecular existían más voces científicas que, como la de Huxley, estaban contribuyendo a dotar la reciente antropología evolutiva de sólidas bases teóricas...

6. *Las 12 especies humanas de Ernst Haeckel*

No menos influyente y respetado que Huxley o Broca, puede considerarse a Haeckel como otro de los santos padres del nuevo *canon* evolucionista del siglo XIX. Hombre de gran erudición y no menor fantasía, con obras como *Historia de la creación natural* (1868), y *Antropogenia, o historia de la evolución humana* (1877), Haeckel consiguió que su voz se atendiera con profundo interés en todos los rincones cultos del continente europeo y contribuyó, quizá como ningún otro científico del periodo, a la difusión del credo evolucionista entre las masas educadas de la clase media.

De acuerdo con el eminente evolucionista germano, la humanidad estaba dividida — al igual que las viejas tribus de Israel— en doce especies zoológicas bien diferenciadas. Lo había demostrado con prolija erudición, aunando sus propias investigaciones anatómicas y biogeográficas, con las de prestigiosos lingüistas como Schleicher o Müller⁸ (que sostenían la imposibilidad de reducir las lenguas conocidas a un único lenguaje primigenio). Su famoso *Pithecanthropus alalus* —u hombre-mono sin lenguaje—, el ansiado eslabón perdido entre el ser humano y las bestias, habría abandonado su cuna original en Lemuria durante el periodo Plioceno del terciario. Más tarde se habría extendido por el planeta, dando lugar en su evolución ulterior a los dos grandes grupos zoológicos en los que, según Haeckel, podía dividirse la humanidad. El grupo inferior de entre todas las especies humanas estaba formado, de acuerdo con el científico alemán, por un conjunto de seres humanos a los que denominó *ulotricos*, u “hombres con cabello *lanoso*”. La *división ulotrica* de la humanidad comprendía las siguientes especies, en orden creciente de *superioridad*:

- Papú (*Homo papua*)

⁸ Quiénes, por su parte, además, estaban contribuyendo con su enorme influencia a sentar las bases para la difusión en Europa del mito arianista, que más tarde sería reinterpretado por los nazis, con las consecuencias que todos conocemos. En la década de 1840, Max Müller y Adalbert Kuhn iniciaron, independiente, sus estudios sobre mitología comparada, a partir de los mitos contenidos en los himnos védicos referentes a la aurora y a la tempestad, descubriendo numerosas analogías con los mitos grecolatinos. A su vez, Müller se erigiría como uno de los principales defensores de la hipótesis del origen ariano de todas las lenguas indoeuropeas. Todas estas teorías sirvieron como soporte para las pretensiones nacionalistas y racistas europeas acerca de la superioridad de la *raza aria* sobre todas las demás.

- Hotentote (*Homo hottentotus*)
- Negro (*Homo niger*)
- Cafre (*Homo cafer*)

Por su parte, la división superior, o *lisotrica* —de cabellos lisos, o crespos—, comprendía las restantes especies humanas, que —ordenadas desde la inferior a la superior— eran:

- Australiana (*Homo australis*)
- Malaya (*Homo malayus*)
- Mongólica (*Homo mongolus*)
- Ártica (*Homo arcticus*)
- Americana (*Homo americanus*)
- Dravidiana (*Homo dravida*)
- Nubia (*Homo nubia*)
- Mediterránea (*Homo mediterraneus*)

De acuerdo con las teorías haeckelianas, incluso dentro de la *especie humana superior* podían establecerse nítidas jerarquías evolutivas entre sus distintas subespecies. Dentro del *Homo mediterraneus* podían distinguirse, a su vez, los *grupos Semita, Vasco, Caucásico e Indogermánico*. Este último grupo racial, representado por los ingleses y los alemanes, se situaba actualmente, de acuerdo con Haeckel, en el primer escalafón de la supremacía biológica, como el ramo “más divergente del hombre-simio ancestral” (Haeckel 1908, p. 532). El grupo anglogermano constituía, además “el arquetipo de la belleza humana” (*ibid.*, p. 526) y la prueba más evidente de que el progreso evolutivo dentro del género *Homo* no se había detenido aún:

Sus principales representantes son *los Ingleses y los Alemanes, que en nuestra era están sentando las bases para un nuevo periodo de superior desarrollo mental*, por medio del reconocimiento y consumación de la teoría de la evolución. (Haeckel 1866, cit. en Mc Cown y Kennedy 1972, p. 148)

Sin embargo, esta situación de supremacía anglogermana era sólo un producto muy reciente de la evolución homínida. La jerarquía entre los grupos raciales más desarrollados del *Homo mediterraneus* había tenido un orden distinto hasta el medioevo. Antes de ese momento, reconocía el alemán, una raza más meridional se había alzado a la cabeza de la familia humana:

Durante la antigüedad clásica y la edad media, la Rama Románica (el grupo Greco-Italo-Celta), una de las dos ramificaciones principales del grupo *Indo-Germánico*, dejó atrás a todas las demás en la carrera de la civilización, pero, en el tiempo presente, esa misma posición es ocupada por los *Germanos*. (Haeckel 1866, cit. en Mc Cown y Kennedy 1972, p. 148)

En cuanto al resto de las razas extraeuropeas, prácticamente, todo el interés de Haeckel por estudiarlas biológicamente se centró en establecer, a través de ellas, pruebas directas de la ascendencia animal de la humanidad *aria*. No resulta difícil entresacar de entre sus páginas toda una serie de *evidencias* anatómicas de la animalidad de las razas inferiores. Entre muchas otras pruebas aducidas por el alemán, Haeckel aseguraba que los *salvajes* estaban dotados de un pie prensil, con el que podían agarrar objetos y trepar, al modo de los gorilas y los orangutanes:

Existen, en efecto, tribus salvajes que pueden oponer el dedo gordo del pie a los otros cuatro, como nosotros hacemos con el pulgar de las manos. Saben utilizar su *pie prensil* como una mano posterior, *del mismo modo que los simios*. Los barqueros chinos reman con él, y los obreros bengalíes hacen sus tejidos con esta mano posterior. Los negros, entre quienes este dedo gordo del pie es más fuerte y movable que entre nosotros, hacen uso de él para aferrarse a las ramas, cuando trepan sobre los árboles, *exactamente como hacen los simios cuadrumanos*. (Haeckel 1908, p.486)

De hecho, el asunto de los pies simiescos de los no occidentales constituía, de acuerdo con el imaginario antropológico europeo de fines del siglo XIX, una de las evidencias más palpables que ofrecían los “*salvajes*” de la ascendencia simiesca del ser humano (sobre este asunto, cf. J.M. Sánchez Arteaga 2007b). A su estudio se habían consagrado numerosos trabajos científicos, y algunos evolucionistas contemporáneos de Haeckel creyeron haber encontrado las causas de este retorno atávico comparando el desarrollo embriológico de los simios, los salvajes y los europeos:

Según el profesor Wyman, en los embriones humanos muy jóvenes, el dedo gordo es más corto que los cuatro restantes, y forma con el lado del pie un ángulo enteramente igual al que existe en los cuadrumanos. Esta disposición suele persistir durante la vida de los salvajes, y a ella es debida la agilidad con que trepan a los árboles [...]. En los negros egipcios el robo dentro de las tiendas, sirviéndose para ello de los dedos del extremo inferior, es una costumbre generalizada. (Ariza 1874, p. 183)

Pero además, junto a la presunta anatomía atávica de las especies humanas *salvajes*, también el estudio de la fisiología del sistema nervioso y de la actividad intelectual de los no europeos proporcionaba, de acuerdo con Haeckel, pruebas contundentes acerca de nuestro origen animal a partir de otros mamíferos extinguidos:

sobre esta base, los primeros de entre los pájaros y los mamíferos igualan a los tipos humanos inferiores, o incluso les superan de forma incontestable [...]. Pongamos de una parte a las más bellas inteligencias humanas, aquellas de Aristóteles, Newton, Laplace, Spinoza, Kant, Lamarck, Goethe, etc.; de la otra, aquella de los hombres más pitecoides, la de los negros, los australianos, los bosquimanos, los andamaneses, etc.; confrontad entonces a estos hombres inferiores a los animales más inteligentes, a los simios, a los perros, a los elefantes [...]. Si uno quisiera a toda costa establecer un límite bien definido, habría que trazarlo entre los hombres más distinguidos y los salvajes más groseros, *reuniendo a los diversos tipos humanos inferiores con los animales*. (Haeckel 1908, p. 558)

Por último, Haeckel se encargó de confirmar, con su incontestable erudición de gran patriarca de las ciencias biológicas, la imposibilidad de elevar (por los medios artificiales de la civilización) a las *especies salvajes* hasta el mismo grado intelectual alcanzado por el “hombre blanco”. Allí donde la naturaleza había sentenciado a unas especies humanas al estancamiento, dotándolas de un cerebro rudimentario y simiesco, de nada servirían los esfuerzos filantrópicos de sus parientes superiores por incorporarles a las sendas del progreso:

Hasta el momento, todas las tentativas realizadas para civilizar a estas tribus y a muchas otras pertenecientes a las razas inferiores, han fracasado completamente; en efecto, es de todo punto imposible hacer germinar la civilización humana allí donde fallan las mismas bases, es decir, el perfeccionamiento cerebral del hombre. Ni una sola de esas tribus se ha podido regenerar por la civilización, cuya influencia no hace sino acelerar su *desaparición*. *Han permanecido estacionarias, en un grado de civilización que a penas les ha elevado por encima del nivel de los simios, y que las razas humanas superiores han sobrepasado desde hace miles de años*. (Haeckel 1908, p. 559).

A pesar del colosal esfuerzo humanitario que las razas superiores estaban realizando, gracias al régimen colonial, para *civilizar* a los salvajes, Haeckel era completamente escéptico con los resultados de tal proceso de *ayuda humanitaria*. Para el sabio alemán, las especies humanas inferiores eran menos domesticables aún que los demás animales. Su esta-

do natural de extrema bestialidad era, por así decir, inaccesible a cualquier intento pedagógico por parte del “hombre blanco”:

Morlang, el digno misionero austriaco, que ha intentado durante años civilizar a los negros pitecoides del Nilo superior sin ningún éxito, dice expresamente que “entre tales salvajes una misión cristiana es completamente inútil”. *Estos salvajes están muy por debajo de los animales privados de razón; estos últimos, al menos, manifiestan una cierta afección por aquel que les trata bien, mientras que aquellos groseros salvajes son completamente inaccesibles a todo sentimiento de gratitud.* (Haeckel 1908, p. 559)

7. Las subespecies humanas de Darwin

En la narrativa evolucionista de Darwin sobre nuestros *orígenes*, el mito burgués del progreso y la ascensión del más débil mediante la lucha competitiva⁹ se combinan con el mito alternativo del *pueblo elegido* de forma *científicamente* superior a la de otros biólogos del periodo. El lenguaje técnico darwiniano aparece forjado en los términos científicos más aceptables para la ideología de las sociedades victorianas, donde la aventura imperialista era soñada colectivamente como una gran obra *civilizadora* sobre los salvajes coloniales. En el imaginario burgués finisecular, Darwin se sitúa muy lejos del extremismo racial de autores como Haeckel, Vogt, o el mismo Broca, partidarios de considerar a los *nativos* de las colonias como *especies zoológicas* diversas al europeo. Sin embargo, en Darwin —como en los también monogenistas Huxley y Quatrefages—, la creencia *filantrópica* en la unidad específica de las variedades humanas se combina perfectamente con una manifiesta confianza científica en la infinita superioridad biológica del *hombre blanco*.

Lo cierto es que, en *El origen del hombre*, Darwin exponía los argumentos clásicos de los poligenistas sobre la inferioridad del *nativo* con un detalle apenas alcanzado por autores como Haeckel o Vogt. El sabio inglés, a pesar de ser partidario de la doctrina opuesta, reconocía que “un naturalista podría sentirse *completamente justificado* al establecer una jerarquía de las razas humanas como *especies diversas*” (Darwin 1871, 1, p. 224). Además, como hemos visto en la cita con la que abrimos este trabajo, Darwin afirmaba sin titubeos que preferiría tener por ancestro a un mono antes que a un repulsivo “*salvaje* que se deleita en torturar a sus enemigos, ofrece sacrificios sangrientos, practica el infanticidio sin remordimientos, trata a sus mujeres como esclavas, no conoce la decencia, y se obsesiona con las más groseras supersticiones” (Darwin 1871, 1, p. 405). En cualquier caso, como hemos señalado, Darwin había expresado con total claridad su confesión *monogenista*, su creencia en la unidad de origen evolutivo de la humanidad como un principio inherente a las propias teorías de la evolución:

Aquellos naturalistas que, por su parte, admiten el principio de la evolución, como actualmente es admitido por la mayor parte de los hombres adelantados, no tendrán ninguna duda de que todas las razas humanas proceden de *un único núcleo primitivo, consideren justo o no designarlas como especies diferentes.* (Darwin 1871, 1, p. 229)

En realidad, Darwin confiaba en que la nueva teoría evolutiva estaba en condiciones de resolver, de una vez por todas, la vieja polémica taxonómica entre poligenistas y monogenistas acerca de la unidad o diversidad de especies humanas. La solución a este problema, que Darwin consideraba *intrascendente*, podía alcanzarse introduciendo en el lenguaje zooló-

⁹ Sobre este asunto, véase Landau 1984, 1991.

gico una nueva categoría que reflejase el alto grado de divergencia evolutiva alcanzado por las diferentes variedades humanas, como subdivisiones de una misma especie:

Algunos naturalistas han empleado últimamente el término *subespecie* para designar a formas que poseen muchas de las características de las especies verdaderas, pero que difícilmente merecen recibir un rango tan elevado. Ahora bien, si reflexionamos en *los argumentos de peso*, arriba mencionados, *para elevar las razas humanas hasta la dignidad de especies*, y las dificultades insuperables que, por la otra parte, se encuentran en definir las de esta forma [Darwin se refiere, principalmente, al fenómeno del *mestizaje*], el término de *subespecies* podría ser aplicable aquí con gran propiedad. (Darwin 1871, 1, p. 228)

En definitiva,

es casi una cuestión *indiferente* si las así llamadas razas humanas son designadas de esta forma, o se consideran como especies o subespecies; sin embargo, el último término resulta el más apropiado. Finalmente, podemos concluir en que, cuando los principios de la evolución sean aceptados de una forma general, como con seguridad ocurrirá pronto, la disputa entre los monogenistas y los poligenistas se apagará en una muerte silenciosa y discreta. (Darwin 1871, 1, p. 228)

Pero a pesar de esta acertada predicción, y al igual que habían hecho anteriormente autores como Vogt, Haeckel, Broca, Huxley o Büchner, el propio Darwin buscó evidencias directas de la estrecha relación biológica entre el *salvaje contemporáneo* y los ancestros homínidos de la humanidad. Por ejemplo, en 1867, durante la redacción de su obra sobre la evolución humana y mientras se preocupaba en el estudio de la evolución de las emociones en el reino animal, Darwin escribió una carta a Wallace¹⁰, en la que intentaba recabar de él algún tipo de observación directa que pudiera confirmar un vínculo entre el desarrollo de la expresividad facial en los malayos (a quienes Haeckel había incluido en la especie zoológica *Homo malayus*), con la mostrada por los animales inferiores:

¿Conoce, por casualidad, a algún observador en el archipiélago Malayo, afable e inteligente, que crea pudiera hacer para mí unas sencillas investigaciones sobre la expresión de los malayos cuando están excitados por diversas emociones? (Darwin 1997, p. 500)

También, por otra parte, podemos imaginar que, en alguna de las visitas que el ultrarracista Haeckel realizó al hogar de Darwin en Inglaterra —visitas con las que este último, según él mismo reconocía, gozaba “enormemente” (Darwin 1995, p. 487)—, la conversación giró en ocasiones sobre las evidencias que la “anatomía del *salvaje*” ofrecía a favor de la hipótesis del origen animal de nuestra especie. Al menos, de lo que no cabe duda es que, en este sentido, el alemán era una fuente científica de primer orden para Darwin. En el *Origen del Hombre*, Darwin se hacía eco de algunos de los más inverosímiles “datos” que Haeckel había referido en sus obras acerca de la *evolución diferencial* de las razas. Por ejemplo, también Darwin concedía crédito científico al curioso asunto, ya comentado, del atavismo simiesco que representaban los pies prensiles de las “razas inferiores”:

Entre algunos salvajes, el pie no ha perdido completamente su poder de prensión, como se ve por su manera de encaramarse a los árboles y de usarlos en diferentes formas. (Darwin 1871, 1, p. 142)

Darwin aportaba además toda otra serie de “evidencias” novedosas sobre cómo, tanto en la forma de desarrollo, en la anatomía —por el grado de presencia de atavismos y órganos rudimentarios—, etc., se manifestaba la escala evolutiva de las razas. Por ejemplo, más allá del tan traído y llevado *prognatismo* (protuberancia mandibular) del africano

¹⁰ Codescubridor de la teoría de la selección natural, que por entonces se encontraba en el sudeste asiático.

—una de las “características simiescas” más señaladas por un sinfín de antropólogos victorianos—, la mandíbula ofrecía para Darwin numerosas muestras del desigual desarrollo evolutivo de las variedades humanas. Por ejemplo, la verdadera función de desgarrar de los dientes caninos, ya muy rudimentaria en el ser humano, y manifestada en la serie de los vertebrados por la forma cónica de la corona, aparecía “con más claridad en las razas melánicas, especialmente en el australiano” (Darwin 1871, p. 126). A su vez, a propósito del espacio interdental que, en numerosas especies animales, deja un sitio libre para albergar a los grandes caninos de la otra mandíbula, Darwin exponía como dato interesante para el estudio del atavismo que “un interespacio de esta clase, hallado en un cráneo de *cafre* [...], es sorprendentemente amplio” (*ibid.*). Por su parte, la mayor “animidad” de las razas no europeas se mostraba también, para Darwin, en el superior desarrollo de sus muelas del juicio, que en los caucásicos estaban reducidas a un estado rudimentario:

el molar posterior o “muela del juicio”, tiende a convertirse en rudimentario en las razas humanas más civilizadas. (...). Por el contrario, en las razas Melánicas, las muelas del juicio tienen usualmente tres raíces, y generalmente son firmes. (Darwin 1871, 1, p. 126)

Pero independientemente de su mayor o menor proximidad con los antecesores homínidos, las diferentes subespecies humanas se encontraban, según Darwin, en un contexto ecológico de *lucha intergrupala por la existencia*, en la que la naturaleza actuaba *extinguendo* las variedades menos favorecidas en la carrera hacia el progreso. Por supuesto, la identidad de los grupos humanos menos favorecidos en el combate evolutivo por la supervivencia era tan obvia para Darwin como para el resto de los prestigiosos antropólogos que hemos estudiado. Dando por cierta la inferioridad biológica de las razas *no civilizadas*, Darwin se enfrentará a la cuestión del retroceso poblacional de estos pueblos, de la pérdida de sus tierras, de sus fuentes de riqueza, etc., en términos de pura lógica natural, como un resultado inapelable de las leyes de la zoología y de la lucha por la supervivencia. Imbuido, como el resto de los evolucionistas de su tiempo, de los prejuicios raciales victorianos, y dando por sentada una incuestionable analogía entre el aborigen y el hombre primitivo, Darwin llega al punto de no ver, en el exterminio real de numerosos pueblos a manos de la “raza caucásica” a la que él mismo pertenecía, más que el desarrollo implacable de las leyes biológicas del progreso:

Todo lo que sabemos sobre los salvajes, o lo que puede inferirse de sus tradiciones y de los antiguos monumentos[...], muestra que desde los tiempos remotos las tribus exitosas han *suplantado* a las demás. Relictos de tribus *extinguidas* u olvidadas han sido encontradas en todas las regiones civilizadas de la tierra, en las llanuras de América, y en las islas lejanas del Océano Pacífico. Actualmente, las naciones civilizadas están *suplantando* a las naciones bárbaras en todas partes, excepto allí donde el clima impone una barrera mortífera. (Darwin 1871, 1, p. 160)

El resultado final de este proceso, tan irrevocable desde un punto de vista biológico como las leyes de la gravitación desde uno físico, no escapaba a la imaginación del sabio inglés:

la proliferación de cada especie y de cada raza se ve obstaculizada continuamente por varias trabas; de esta forma, si cualquier nuevo impedimento, o causa de destrucción, incluso una ligera, se superpone a otra, con toda seguridad la raza decrecerá en su número; y como ha sido probado en todas partes que los *salvajes* se oponen completamente a cualquier cambio de hábitos —con lo que podría contrarrestarse el efecto de esos impedimentos dañinos—, la disminución del número de sus miembros llevará más tarde o más temprano a su *extinción*. (Darwin 1871, 1, p. 240)

En definitiva, con Darwin, la ideología racial decimonónica encontrará una síntesis perfecta, avalada por el lenguaje y el método incontrovertibles de la mejor ciencia del periodo. La descripción darwiniana del *pueblo elegido* (encarnado en las poblaciones europeas), encontrará asiento en un lenguaje que se mostrará científicamente intachable para la mentalidad victoriana. Darwin trazó las líneas de la evolución humana componiendo para ello —consciente o inconscientemente— una nítida jerarquía racial, matizada, eso sí, por un humanitarismo monogenista, aparentemente alejado de los extremos, según los estándares racistas de su tiempo. De esta forma, quizás, puede comprenderse en parte su formidable éxito en la cultura burguesa y colonial del fin de siglo. Como en su día resumió de forma precisa y contundente el psiquiatra y filósofo francés Jacques Lacan:

El éxito de Darwin parece consistir en que proyecta las predaciones de la sociedad victoriana y la euforia económica que sancionaba para ella la devastación social... a escala planetaria; en que las justifica mediante la imagen de un *laissez-faire* de los devorantes más fuertes en competencia por su presa natural. (Lacan 2003, 1, p. 113)

8. Conclusiones

Muy por encima de las ciencias sociales y de la antropología cultural decimonónicas, fueron las propias *ciencias naturales*, pertrechadas con un lenguaje y un método prácticamente blindados a toda crítica extracientífica, quienes hicieron del estigma racial un dogma verdaderamente incuestionable a fines del siglo XIX. Más allá de la eurocéntrica etnología del periodo, así como del tan traído y llevado *darwinismo social*¹¹, fue la propia *biología humana* —en concreto, a través de su discurso sobre la *evolución diferencial de las razas*—, la encargada de dar su más *sólido* sostén teórico al racismo implícito en la expansión imperialista del occidente finisecular. Los conceptos antropológicos de algunos científicos de primerísima línea —autores como Carl Vogt, Paul Broca, Thomas Huxley, Ernest Haeckel, o el propio Darwin— contribuyeron mistificar biológicamente las jerarquías raciales victorianas en el imaginario colectivo.

Podríamos decir que, al igual que entre los esquimales y muchas otras sociedades —para quienes las palabras con las que se autoidentifican como comunidad (*inuit*, etc.), tienen el significado específico de *ser humano por antonomasia*—, o tal y como sucede en la *mitología religiosa* de hebreos y japoneses —en las que ambos grupos humanos aparecen caracterizados como una especie de *pueblo elegido*—, así también la biología humana del S.XIX sirvió para confirmar la existencia de un hiato *natural* entre “*el hombre blanco*” y el resto de los grupos raciales. La *racionalidad científica* no actuó, en este caso, de forma distinta a como el *pensamiento mítico* ha actuado siempre en todas las civilizaciones del planeta¹²:

Actualmente, los pueblos que conforman todas las grandes civilizaciones se inclinan por *interpretar literalmente sus propias figuras simbólicas*, y a observarse a sí mismos como favorecidos de alguna manera, en contacto directo con el absoluto. Incluso los politeístas griegos y romanos, hindúes y chinos, que eran capaces de contemplar benévolutamente los dioses y costumbres de otros, se ven a sí mismos como superiores; y entre los monoteístas judíos, cristianos y musulmanes, los dioses de los otros no son vistos como dioses, sino como demonios, y sus fieles como impíos. La Meca, Roma, Jerusalén y (en menor

¹¹ Un tratamiento reciente sobre el uso inapropiado de esta denominación se encuentra en Sandín 2000.

¹² Sobre este asunto, cf. Sánchez Arteaga 2007. Véase también: Sánchez Arteaga 2006a, 2006b.

medida) Benarés y Beijing han sido, durante siglos y cada una a su manera, el ombligo del universo, directamente conectadas —en línea directa— con *el Reino de la Luz* o con Dios. (Campbell 1993, p. 19)

De igual forma, las sociedades occidentales del siglo XIX crearon todo un complejo sistema simbólico de *racionalización* a través del cual se identificaron a sí mismas como los grupos elegidos por la propia naturaleza. Al igual que otras sociedades, y al igual que en los sistemas de pensamiento religioso a los que el racionalismo científico se impuso finalmente —tras una larga fase de influencias mutuas—, la sociedad burguesa del periodo finisecular creyó *literalmente* en la realidad dibujada por las figuras simbólicas de su cosmovisión científica. Las poblaciones no europeas fueron relegadas científicamente a un puesto de cola en las jerarquías naturales del grupo homínido, a una especie de rango zoológico intermediario entre el más evolucionado ser humano (la *raza blanca*) y el animal. Gracias al enorme prestigio concedido a la biología decimonónica, el carácter puramente histórico y coyuntural del orden geopolítico finisecular quedó transformado en el resultado mismo de leyes científicas aparentemente irrevocables. En este sentido, y expresándonos en los términos de la antropología simbólica de las culturas, podría decirse que el nuevo *canon científico* de la biología humana decimonónica contribuyó, a fines de siglo XIX, a la implantación en *occidente* de una nueva versión —*científicamente racionalizada*— del multicultural mito del *pueblo elegido*.

REFERENCIAS

- Ariza, R. (1874). “Diferencias específicas de las razas humanas”, *Revista de Antropología, órgano oficial de la Sociedad Antropológica Española*, tomo I, Madrid, pp. 18-32, 96-110, 171-185, 341-356.
- Blanckaert, C. (1995). “L’esclavage des noirs et l’ethnographie américaine: le point de vue de Paul Broca en 1858”, en Blanckaert, Fischer y Rey (eds.) (1995), pp. 391-417.
- , J.-L. Fischer y R. Rey (eds.) (1995). *Nature, Histoire, Société: Essais en hommage à Jacques Roger*. Klincksieck.
- Bowler, P.J. (1986). *Theories of human evolution. A century of debate 1844-1944*. Baltimore: John Hopkins UP.
- (1988). *The non Darwinian revolution. Reinterpreting a historical myth*. Baltimore: John Hopkins UP.
- Brace, C.L., y A. Montagu (1977). *Human evolution*. New York-London: Mac Millan.
- Broca, P. (1877). “Recherches sur l’hybridité animale en général et sur l’hybridité humaine en particulier considérées dans leur rapports avec la question de la pluralité des espèces humaines”, *Memoires d’anthropologie*, t. III. Paris: Reinwald.
- Büchner, L. (1872). *L’Homme selon la Science. Son passé, son présent, son avenir, ou D’où venons-nous? Qui sommes-nous? Où allons-nous?* Trad. del alemán por Ch. Letourneau. Paris: C. Reinwald et Cie.
- Campbell, J. (1993). *Los mitos. Su impacto en el mundo actual*. Barcelona: Kairós.
- Darwin, Ch. (1968). *The variation of animals and plants under domestication*. 2 vols. Londres: John Murray.
- (1871). *The descent of man, and selection in relation to sex*. 2 vols. Londres: John Murray.
- (1997). *Autobiografía y cartas escogidas*. Madrid: Alianza.
- De Quatrefages, J.-L.A. (1861). *Unité de l’espèce humaine*. Paris: L. Hachette et Cie.
- (1875). *The natural history of man*. Nueva York.
- Haeckel, E. (1866). *Generelle morphologie der organismen: allgemeine grundsätze der organischen formen wissenschaft, mechanisme begründet durch die von Charles Darwin reformirte Descendenz-theorie*. 2 vols. Berlin: Georg Reimer.
- (1877). *Antropogénie ou Histoire de l’Évolution Humaine. Leçons familières sur les principes de l’Embryologie et de la Phylogénie humaines*, trad. de la 2ª ed. alemana por Ch. Letourneau. Paris: Reinwald et Cie.
- (1908). *Histoire de la Création des Êtres Organisés d’après les lois naturelles*, trad. de la 7ª ed. alemana por Ch. Letourneau. Paris: Librairie C. Reinwald. Schleicher Frères.
- Haller, J.S. (1995 [1971]). *Outcasts from evolution. Scientific attitudes of racial inferiority 1859-1900*. Southern Illinois Univ. Press.
- Huxley, T.H. (1865). “Emancipation. Black and White”, en Huxley (1970), pp. 66-75.

- (1970). *Collected Essays*, vol. III. New York: Georg Olms Verlag Hildesheim.
- Lacan, J. (2003). *Escritos*. 2 vols. México-Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.
- Landau, M. (1984). "Human evolution as narrative". *American Scientist* 72, may-june, 262-268.
- (1991). *Narratives of human evolution*. New Haven (CT): Yale UP.
- Mac Cown, T.D., y K.A.R. Kennedy (1872). *Climbing man's family tree. A collection of major writings on human phylogeny, 1699 to 1971*. Prentice Hall.
- Mantegazza, P. (1876). "Rivista palcoetnologica: *Les races humaines*, de Quatrefages", *Archivio per l'antropologia e l'etnologia*, t. 6, pp. 368-369.
- Sandín, M (2000). "Sobre una redundancia: el Darwinismo social", *Asclepio* LII (2), pp. 27-51.
- Sánchez Arteaga, J.M. (2006a). "La pervivencia del pensamiento mítico en las teorías biológicas sobre el origen de las razas humanas (1859-1900)", *Actas del IX Congreso de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia y la Tecnología (Cádiz, Septiembre 2005)*, I, pp. 395-415.
- (2006b). "Mythos y Logos en la historia del racismo científico: La biología racial evolucionista en Portugal y Brasil (1859-1900)", *Actas del V Congreso internacional "Discursos e Práticas Alquímicas"*, en prensa. Ya publicado online, en <<http://www.triploV.com/>>.
- (2007a). "El lugar del *Mythos* en la ciencia moderna: una crítica a la idea neopostivista de "progreso racional" en la historia de las revoluciones científicas", artículo de inminente aparición en *Observaciones filosóficas*.
- (2007b). "Evolución humana y racismo científico en el siglo XIX", *Asclepio*, en prensa.
- Stocking, G.W. (1982). *Race, culture, and evolution. Essays in the history of anthropology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Tort, P. (2000). "Darwin y la laicización del discurso sobre el hombre", *Asclepio* LII (2), pp. 51-85.
- Vogt, C. (1868). *Mémoire sur les microcéphales ou Hommes-Singes*, Mémoires de l'Institut Genevois, T. XI. París: Imp. Émile Martinet.
- (1878 [1863]). *Leçons sur l'Homme. Sa place dans la création et dans l'histoire de la terre*, trad. de J. Moulinié : Paris: Ch. Reinwald et Cie.

Juan Manuel SÁNCHEZ ARTEAGA es Doctor en Biología por la Universidad Autónoma de Madrid. Ganador del Premio Nacional de Ensayo Caja Madrid 2007 con el libro *La Razón Salvaje. La lógica del dominio: Tecnociencia, Racismo y Racionalidad* (Lengua de Trapo, 2007). Durante los últimos cuatro años ha trabajado en el Departamento de Historia de la Ciencia del C.S.I.C. (Madrid). Actualmente disfruta de una beca de investigación del programa MUTIS en la facultad de Biología de la Universidad Federal de Bahía (Brasil). Hasta el momento, su ámbito específico de investigación histórico/filosófica sobre el conocimiento científico se centra en los aspectos sociales, ideológicos y mitológicos del discurso científico sobre la naturaleza humana.

ADDRESS: Dpto. de Historia de la Ciencia, C.S.I.C. C/Medinaceli, 6; 28014, Madrid. E-Mail: juanma.sanchez.arteaaga@gmail.com.